

# Dilemas y debates

Dilemas y debates:

De corte ensayístico, incluye cuestiones de reflexión y discusión de la agenda educativa.



# Universidad, conocimiento y construcción de un mundo nuevo.

## Resumen

*El texto presenta una reflexión acerca de la responsabilidad de la universidad frente a los nuevos contextos de la economía global y de las consecuentes nuevas demandas sociales con relación a formación y conocimientos. Sustenta que la universidad es parte importante de los proyectos de construcción de sociedades democráticas y que los conocimientos están en la base del desarrollo tanto en la perspectiva económica y economicista como en una visión social y pública. Discute algunos aspectos de los roles de la universidad con relación a formación de profesionales y ciudadanos, investigación, ciencia, tecnología, innovación y desarrollo. Todo este universo es entendido como parte del patrimonio común de la sociedad. Por lo tanto, su referente no puede ser únicamente el mercado. El texto argumenta que la formación humana y el complejo del conocimiento (ciencia, tecnología e innovación) han de tener un valor social y público. La producción de conocimientos básicos, aplicables o en su vertiente de generación de nuevos productos (innovación) y, por consiguiente, su distribución pública no se alejan de la formación integral de las personas y de los procesos de elevación moral y cultural de la humanidad. En otras palabras, tienen una importante dimensión educativa, cultural y política, más allá de los intereses económicos. El texto concluye afirmando que la universidad tiene la responsabilidad, por su cometido público, de fomentar la integración de las sinergias sociales que potencian el desarrollo humano en su plenitud: igualitario, sostenible, integral y ético.*

**Palabras clave:** Universidad, formación, conocimiento, ciencia-tecnología-innovación, desarrollo.

## Introducción

El presente texto parte de una premisa y se alimenta de un sueño. Premisa: la universidad es una institución de la sociedad cuya misión esencial es contribuir a mejorar la vida de las personas y ayudar a solucionar, en su esfera de competencias y posibilidades, los problemas de la colectividad. Sueño: que la educación superior restablezca en sí misma la capacidad de «soñar un mundo en el que las barbaridades, el terror y el odio son vencidos, y ganan la amistad, el civismo, la solidaridad y la justicia» (Petrella, 2005: 12). Un principio como el que reconoce el papel fundamental de la educación superior en la construcción de sociedades más justas, igualitarias y desarrolladas

no se cumple per se. Necesita una fuerte dosis de sueño fomentando los proyectos humanos. Para avanzar también es preciso soñar. Principio y sueño se encuentran en la razón y en la voluntad del vivir humano, solidario y digno.

Vivir lo más posible como ser humano implica, en un primer nivel de derechos sociales, tener la posibilidad de acceso a cosas básicas, como agua potable, aire puro, vivienda decente, trabajo digno, buenas instituciones de salud y educación. Vivir con dignidad significa no sufrir los efectos perversos de la pobreza, el hambre, la violencia, la inseguridad. No se trata de esperar un mundo en donde todos gocen de la totalidad de las condi-



ciones de una vida plenamente pacífica y feliz. Tampoco se puede atribuir a la educación tamaña potestad de construir personas y sociedades perfectas. Como todo el resto de la sociedad, en general las instituciones sociales están muy lejos de cumplir plenamente sus papeles frente a la complejidad de la vida de los individuos y las sociedades.

Es necesario evitar la ingenuidad del idealismo y el voluntarismo, pero también es preciso reconquistar la capacidad de soñar con un mundo menos injusto, menos violento y más solidario. Los sueños hacen avanzar, liberan la capacidad de crear proyectos y de ir adelante, inciden en la capacidad de imaginar y proyectar el futuro, pero la vida no se construye solamente con sueños. La realidad requiere ser efectivamente construida por personas concretas y, además de principios y deseos, los hombres necesitan conocimientos, técnicas, estrategias, proyectos políticos y, sobre todo, valores para fundamentar, instrumentar y guiar sus acciones en contra de los procesos proclives a la deshumanización y a favor de la construcción más elevada de la humanidad. Por ello, es imprescindible la educación con calidad científica y socialmente relevante.

### Universidad, conocimiento, ciencia, tecnología e innovación

Las universidades son espacios de formación intelectual, moral, profesional y política de las personas. Por principio, han de estar profundamente implicadas en el cometido del desarrollo humano integral. El carácter social y público de la educación impone a sus instituciones un rol también social y público: la formación y los conocimientos han de tener un valor social, o sea, de mejoramiento de las condiciones de realización del bienestar colectivo, y no de instrumentación del egotismo e individualismo posesivo y excluidor.

Las instituciones educativas son instancias que conforman, junto con otras, el sistema social. Dialécticamente influyen sobre las estructuras de la vida social, sobre sus valores y sus instrumentos de desarrollo, pero están profundamente signadas por el sistema socioeconómico e histórico-cultural. Es importante señalar que el sistema actual está fuertemente signado por las doctrinas y las prácticas de mercado, las cuales hacen parte de la lucha política, económica e ideológica de los países industrializados y de los organismos multilaterales para asegurar y expandir la hegemonía en todas las áreas claves. Vivimos un tiempo en el cual la ética está siendo avasallada por la economía de mercado.

Desde que la filosofía dejó de asegurar la unidad de los contenidos, que después se fueron distribuyendo en las distintas disciplinas, y de tener el monopolio de la reflexión e interpretación de la totalidad cultural, la ciencia ha venido adquiriendo un rol creciente de fuerza productiva, y los conocimientos han pasado a ser más y más valorados por su importancia técnica y pragmática. Hoy los conocimientos técnicos y científicos son los motores más importantes del progreso, el cual consiste centralmente en el desarrollo de la economía de mercado. Son las grandes empresas las que determinan los rumbos de la sociedad de economía global.

La preeminencia del mercado como razón central de la sociedad arrastra a las universidades a ejercer funciones técnicas adecuadas a los objetivos de adaptación y capacitación de profesionales para los puestos de trabajo y el aumento de la competitividad de las empresas. Lo más grave es que la formación para el eje central de la economía de mercado —la competitividad, la productividad y la maximización de los lucros— no esté integrada a principios ético-políticos. Llevados a sus límites, los mecanismos de mercado son antiéticos. No son neutros. Desintegran y dilapidan los vínculos sociales y, por lo tanto, no producen solidaridad ni cooperación activa.

La economía está imbricada con la cultura. Los principales referentes de la vida económica y cultural están en crisis. Inestabilidades económicas, crisis de sentidos y de valores, disolución de los sujetos concretos en una masa flotante, individualismo, competitividad, darwinismo social, consumismo son aspectos dominantes de una misma realidad global. Según Montes (1996: 41), estos sentidos hegemónicos tienen un papel fundamental en la modelación de las conciencias y en la subordinación a los designios del sistema. El hombre público, ser de relaciones, se está convirtiendo en un individuo aislado y solitario. Todo esto trae incertezas e inseguridad a nivel individual y global. Afirma Agnes Heller que «vivir en la incerteza es traumático. Vivir en la incerteza de los sentidos y de los valores es aún peor, pues estos síntomas emergerán y reemergerán continuamente» (Heller, 1999: 21).

No se trata de creer en un supereminente potencial que tendrían la educación, en general, y, en particular, la universidad de elevar consistentemente la capacidad productiva de un país de modo de suprimir la pobreza, el hambre, la violencia y las desigualdades sociales. Es indudable que una buena calificación lleva a mejores remuneraciones y lugares sociales para los individuos, pero lo más importante es entender que la educación no tiene solamente una función técnica y económica. Ella es fundamental para el desarrollo de los procesos históricos de construcción de la civilización del conjunto humano. Si las universidades no tienen como alto valor a cumplir el conjunto de principios constituyentes de la humanidad —libertad, igualdad, solidaridad, paz, respeto a la diversidad y otros—, contribuyen a la profundización de las asimetrías, violencias, deterioro ambiental e injusticias sociales, que a su vez constituyen sociedades partidas y conflictivas.

Para Sheila Slaughter y Gary Rhodes, el principal referente de las transformaciones de las universidades

de Estados Unidos (extensible a muchas universidades brasileñas, salvadas las diferencias) es el fenómeno que denominan capitalismo académico: «La teoría del capitalismo académico visualiza a los grupos de actores —facultades, estudiantes, administradores y profesionales de la academia— como entidades que utilizan una variedad de recursos del Estado para crear nuevos circuitos de conocimiento que vinculan a las instituciones de educación superior con la nueva economía» (apud Didriksson, 2006: 26). En un contexto de creciente comercialización y mercantilización de la educación superior, en muchas universidades del mundo se utilizan recursos públicos para dinamizar las relaciones entre instituciones educativas y empresas del mercado. «Las universidades se erigen cada vez más en fuente del desarrollo económico regional», dice Etkowitz (apud Didriksson, 2006: 35) y, se puede completar, se convierten más y más en empresas del conocimiento.

Las universidades son las más importantes productoras de conocimientos y técnicas en muchos países, por tanto son consideradas el más fuerte impulso motor de las industrias. Tienen enorme centralidad en los procesos técnico-científicos, que constituyen la base de la modernización socioeconómica de un país. El énfasis está siendo dado al desarrollo económico como imperativo de la dificultad de inserción de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo en la economía global. Por lo tanto, son instadas a impulsar la producción y formar individuos competitivos. Una relación lineal se establece entre educación superior y estructura productiva; entre conocimientos —aplicables, frutos de la innovación tecnológica dirigida a la industria— y desarrollo económico; entre tecnología y competencia emprendedora, y entre formación —ahora entendida como capacitación profesional— y empleo. El valor principal de los conocimientos está más y más vinculado a su capacidad de producir beneficios económicos en respuesta a demandas

de empresas y en consonancia con políticas gubernamentales.

La relación estrecha entre ciencia y tecnología que se construye según los parámetros de los países del norte presenta tres aspectos importantes: primero, el acortamiento del tiempo entre ciencia y aplicación; segundo, la preeminencia de la potencialidad de aplicación sobre la ciencia básica y el conocimiento puro; tercero, hay aprensión en ciertos sectores sociales acerca de las consecuencias de la tenue distinción entre ciencia y tecnología que se produce en los países más desarrollados (García Sucre, 2006: 9). Es preciso exponer esta paradoja con toda claridad: el desarrollo tecnocientífico-económico de las grandes potencias del mundo coincide con un sensible «subdesarrollo moral, psíquico e intelectual; con la miseria mental de las sociedades ricas... la proliferación de ideas huecas y de las visiones mutiladas, la pérdida del global, del fundamental y de la responsabilidad» (Morin; Kern, s.d.: 86). Más adelante agregan estos autores: «... las finalidades del desarrollo relevan de imperativos éticos. La economía debe ser controlada y finalizada por normas antropológicas» (id.: 88).

El conocimiento es hoy la materia prima del capital internacional. Pero el conocimiento que en verdad cuenta es el que tiene valor económico. En tiempos de globalización, la producción y la venta de conocimientos y sus aplicaciones se aceleraron, se amplificaron y se diseminaron por todo el planeta, pero de modos distintos y desiguales. Una autoridad supranacional y de arriba abajo se instaura en el mundo globalizado: la autoridad del capital. Los conocimientos que constituyen las bases de la economía global y neoliberal son los que se relacionan con los procesos de innovación tecnológica y producción industrial, competitividad y liderazgo en el mercado internacional (Didriksson, 2000: 14). Los sectores industriales y gubernamentales de los países latinoamericanos han demostrado hasta ahora muy escaso interés por desarrollar procesos endógenos

de innovación, ya que es más fácil emular la tecnología generada en los países industrializados.

Los principales lineamientos con fuerza de determinación de la gran ciencia, la tecnología y la innovación tecnológica se elaboran en los círculos de investigadores incrustados en los poderosos laboratorios de megasempresas, departamentos militares y corporaciones de la industria bélica, organismos supranacionales vinculados a políticas multilaterales, economía, educación y cultura (por ejemplo, Banco Mundial, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, Organización Mundial del Comercio). Estos altos círculos de determinación de las políticas, conceptos y metodologías definen los temas importantes y cómo deben ser investigados, cómo deben ser distribuidos los productos de la labor científica, y determinan los criterios de financiación y de evaluación. En otras palabras, formulan las políticas y determinan el sistema de producción, distribución y usos de la tecnociencia.

Para efectivizar todo esto y ejercer una hegemonía mundial, cuentan con agencias y actores nacionales. En general, tocan a los países más carentes en materia de conocimientos el consumo, la ejecución y la emulación de tecnologías generadas en las grandes esferas internacionales mantenidas y controladas por los países ricos. Las empresas de los países subdesarrollados tienen escasos intereses en producir tecnologías endógenas y relegan esta tarea a las universidades. Las principales agendas científicas son construidas en el norte sin considerar las necesidades reales y las demandas concretas de las sociedades de países subdesarrollados o en vías de desarrollo. La gran ciencia y la tecnología producidas en los países industrialmente avanzados interesan sobre todo a las megacorporaciones transnacionales y corresponden a estrategias de organización y fortalecimiento de las alianzas multilaterales que conforman el mosaico político, económico e ideológico hegemónico en el mundo globalizado.

## Universidad y dos modelos de ciencia, tecnología e innovación

Las universidades modernas se desarrollaron atribuyendo preeminencia y centralidad a la investigación, o sea, a la generación de conocimientos científicos. La ciencia producida desde los comienzos de la era moderna alcanzó un gran prestigio social debido a la creencia sin límites en el potencial de la razón, por lo tanto, de los conocimientos científicos, como eje inductor y propulsor del progreso y de las transformaciones de la sociedad. Una fuerte tendencia de la ciencia contemporánea erige como orientación a ser seguida el modelo lineal concebido por Vannevar Bush a mediados del siglo XX: el desarrollo de la ciencia básica se convertiría en tecnología y esta generaría nuevos productos.

La innovación, en términos schumpeterianos, garantiza lucros extraordinarios resultantes de la competitividad capitalista, que agudiza las pugnas internas y externas entre las empresas, los capitalistas y los trabajadores. Por ello, es altamente valorizada por empresarios y por aquellos investigadores que consideran que la función central de la universidad es contribuir al aumento de la competitividad del sector productivo como una forma de inserción activa en el mundo globalizado y un ilimitado incremento de lucros (Dias Sobrinho y Dias, 2009). Esa visión triunfalista e idealizada de la innovación es un desdoblamiento de lo que Sarewitz denominó mito del beneficio infinito: cuanta más ciencia y tecnología, más progreso y bienestar social (Sarewitz, 1996, apud Dias Sobrinho e Dias, 2009: 335). Esa creencia en la «pureza» de la ciencia y la tecnología, no asumida por los científicos, recibe críticas de algunos filósofos e intelectuales de áreas sociales, pero sigue teniendo gran presencia en los ámbitos de investigadores, analistas y policy makers.

De lo anterior se desprende la importancia de los conceptos interrelacionados de innovación y competi-

vidad. Pero a pesar de los fantásticos avances de la ciencia y la tecnología impulsados por la fuerza motriz de la innovación, el desarrollo contemporáneo no está efectivamente comprometido con la supresión del hambre, la pobreza, la violencia, el deterioro ambiental, las injusticias y barbaries que ocurren por todas partes. En contraposición a visiones y prácticas tecnocientíficas, el acento de la utilidad de los conocimientos debe recaer sobre lo social y público, no restringidamente sobre lo económico. La formación y los conocimientos han de tener pertinencia social y valor público. Por eso, las empresas no pueden considerarse propietarias exclusivas de la innovación ni razón central de los conocimientos y la formación.

La innovación es mucho más que la introducción exitosa de un cambio técnico en el mercado. En ella, elementos culturales y educativos tienen un papel central. Davyt la define como «la resolución creativa de problemas en ambientes productivos. Esto incluye aspectos como la educación y la formación de la gente en general, la cultura de cambio y del emprendedurismo —en contraposición a la cultura conservadora—, todos aspectos que no tienen que adquirir solo algunos privilegiados, sea en ambientes académicos o productivos, sino toda la población» (Davyt, 2006: 106).

Público y privado son dos esferas que tienen racionalidades distintas en las políticas y procesos de innovación y producen efectos diferentes. La racionalidad privatista impone una innovación para la competitividad según determinaciones de las elites productoras, en muchos casos en acuerdo con los gobernantes. La racionalidad basada en valores públicos intenta construir una innovación para la inclusión social, con participación activa de amplios sectores de la población. La innovación para la competitividad fomenta el sector productivo y el crecimiento de las empresas, genera ganancias económicas al país, pero estos progresos no constituyen un verdadero desarrollo humano in-

tegral y justo, pues mantienen e incluso profundizan las brechas sociales. La innovación debe ser parte de las estrategias públicas de desarrollo humano integral, social y sustentable. Con valor público, habrá de servir a la solución de necesidades y problemas transformados en demandas concretas de la población.

Hay en las universidades algunos sectores que practican la innovación para la competitividad. Pero muchos universitarios conciben la investigación y la innovación como prácticas sociales no restringidas al interés de las grandes empresas, y sí, sobre todo, como mecanismos que pueden presentar soluciones a problemáticas de la población. En la perspectiva pública y social, la producción de conocimientos básicos, aplicables o en su vertiente de generación de nuevos productos (innovación) no se aleja de la formación humana y social. Tiene una importante dimensión educativa, cultural y política, más allá de los intereses económicos. Su dinámica educativa se construye en los procesos de interacción creativa y de doble sentido, involucrando universitarios y agentes de las comunidades. La articulación cooperativa entre estudiantes, profesores y miembros de las comunidades construye un ambiente de aprendizaje social con enorme potencial formativo y, además, contribuye a la integración, en las universidades, de las estructuras de enseñanza, investigación y vinculación con la sociedad.

### Responsabilidad social de la universidad del siglo XXI

La principal responsabilidad de la universidad es la formación integral de ciudadanos-profesionales por medio de los conocimientos. Si los conocimientos, sobre todo los de base informacional y técnica, son hoy considerados materia prima del desarrollo económico, mucho más habría que comprenderlos, junto con la carga de valores que portan, como contenidos de la formación humana:

integral, social y ética. En tal perspectiva, la formación de los individuos guarda una correlación esencial con la construcción de la sociedad, o sea, con el desarrollo general del país y con el bienestar de la población. La calidad de una universidad está en su capacidad de formar ciudadanos conscientes de sus responsabilidades en la construcción del bien común y en la producción y disseminación de conocimientos que, además de rigor científico, tengan gran valor público para alimentar los cambios económicos, sociales y éticos de la sociedad y alcanzar niveles más altos de realización de los sueños de felicidad, paz y libertad.

Las universidades han perdido parte de su capacidad de reflexionar sobre las cuestiones acuciantes de la sociedad, de crear conocimientos y técnicas y de estimular acciones que produzcan, de modo sostenible, más desarrollo humano en bien de todas las personas, con más cohesión y justicia social. Al fallar en este cometido del bienestar social, las instituciones educativas acaban favoreciendo el individualismo y los mecanismos de exclusión.

La ciencia, la tecnología y, por supuesto, la innovación son fundamentales en la lucha contra la pobreza y el subdesarrollo. No basta con que sean creativas, sino que deben someterse a la crítica de la sociedad y a la ética del bien común. Conocimientos, crítica y ética son rasgos esenciales de los sujetos y grupos sociales que están más aptos para imprimir una dirección a los proyectos y estrategias de construcción de sociedades democráticas y desarrolladas a partir de la ciencia, los valores, la economía y la política. Esto significa rechazar la adhesión acrítica a las tendencias hegemónicas de la actual globalización, que están determinando la vida humana en todas sus dimensiones, desde la economía de mercado hasta la producción, distribución y usos de la ciencia y las técnicas, hasta las formas de pensar y vivir la cotidianidad y todo lo consecuente, que se puede resumir en la cosmovisión neoliberal y tecnocrática.

Lo que más hace falta, entonces, es construir un modelo de desarrollo basado en conocimientos y valores humanos y sociales que alcance a la totalidad de las personas y potencie el logro de sus aspiraciones de libertad y felicidad. Esta es una tarea de toda la sociedad, pero exige una efectiva participación de la educación, en particular de las universidades, donde se generan conocimientos y prácticas sociales encauzadas con fines conscientes por diferentes vías y dimensiones de desarrollo. Si la generación y disseminación de conocimientos relevantes para toda la sociedad ocupan la centralidad en los tiempos modernos, también deben ser altamente valorados los actores responsables de esta labor. Formar los trabajadores del conocimiento para responder con calidad a las múltiples exigencias y los complejos desafíos de la sociedad es uno de los más importantes cometidos de la universidad actual.

La humanidad no se humaniza si la distribución de los bienes materiales y culturales no se hace de modo equitativo. Para ello es necesario desarrollar sociedades verdaderamente democráticas. No puede existir democracia económica, política y social sin una democracia cognitiva, en una sociedad en la que los valores democráticos no sean la base, el eje y los fines de la producción, distribución y uso de los conocimientos. La equidad es una premisa fundamental del conocimiento como bien público y socialmente útil. Todos los sectores sociales tienen derecho a usufructuar los beneficios del conocimiento. Habrá que destacar que la construcción del conocimiento con valor social también es una tarea que exige gran cooperación de los actores de universidades, institutos de investigación y otros escenarios sociales. Lo anterior hace referencia a la posibilidad de «constituir un escenario de nueva reforma universitaria que apunta a una mayor cooperación horizontal entre instituciones y sectores», dice Didriksson (2006: 49), y agrega: sin pérdida de identidad funcional de la universidad. Este paradigma de universidad a

ser construido tiene que romper con el modelo dominante de universidad al servicio del mercado. Lo que debe prevalecer no es la competitividad, sino la cooperación y las relaciones interinstitucionales y las articulaciones de estas con otros sectores.

Las responsabilidades de las universidades van mucho más allá de la capacitación profesional y la instrumentación económica. La educación es un bien público a la medida que forma ciudadanos con conocimientos y valores importantes para la construcción de sociedades justas y desarrolladas a partir de la integración de distintos aspectos: económicos, culturales, estéticos, técnicos, éticos, políticos. Por ello es un patrimonio común imprescindible para el desarrollo humano y la construcción de los proyectos de humanización. El conocimiento es un bien público a ser construido por todos los que pueden participar con sus respectivas capacidades de diferentes maneras y en beneficio social. La construcción social de conocimientos es parte esencial de la construcción de la sociedad democrática, integralmente desarrollada e incluyente. Formación humana integral y construcción, distribución y uso democrático de conocimientos pertinentes al desarrollo de toda la población, pero con énfasis en la superación de problemas y carencias de grupos tradicionalmente marginados son la esencia de las finalidades de la universidad, especialmente en países pobres y sociedades desiguales. Las universidades tienen la responsabilidad de fomentar la integración de las sinergias sociales que potencian el desarrollo humano en su plenitud: igualitario, sostenible, integral, ético.

### Palabras finales

La elección de la competitividad como fuerza motriz de los procesos de transformación y de inserción de nuestras sociedades en el mosaico de la globalización se apoya



en la necesidad de incorporación y difusión de la tecnología y de los productos de la innovación al sector productivo. La sobrevaloración del conocimiento útil e inmediatamente aplicable en función de una concepción de progreso ilimitado y casi solo adscrito a la economía de mercado está conformando una sociedad en la que se va debilitando la política como posibilidad de construcción de la historia, aunque con sus choques de valores. La racionalidad instrumental-técnica-

científica-informacional-global afecta todas las esferas de la vida. Con la tecnificación, mercantilización e instrumentación de la vida sale de escena el ciudadano, queda en suspensión el sujeto histórico y asoma el individuo posesivo y autorreferente. El destino de los países depende en gran medida de la cantidad y calidad de conocimientos y del dominio o la falta de dominio tecnológico de su población. Si la posesión de conocimientos y el dominio de la tecnología se li-

mitan a unos pocos o —en caso de pertenecer a muchos— están basados en el autointerés, esa capacidad produce individuos seleccionados y empresas adaptadas al modo de producción de la economía global, pero que no contribuyen a generar ninguna forma de comunidad y cooperación consciente y ciudadana, no colaboran a la integración de valores positivos a partir de cuya realización práctica se impulsan los procesos de humanización de la humanidad.

## Referencias bibliográficas

- DAVYT, Amílcar (2006). «Políticas actuales para la investigación en ciencia y tecnología». En VESSURI, Hebe (ed.) *Conocimiento y necesidades de las sociedades latinoamericanas*. Altos de Pipe, Caracas: Ediciones IVIC.
- DIAS SOBRINHO, José y Rafael DE BRITO DIAS (2009). «Innovación en la universidad brasileña. ¿Mecanismo empresarial o estrategia de desarrollo social sostenible?». En Norberto FERNÁNDEZ LAMARRA (comp.) *Universidad, sociedad e innovación. Una perspectiva internacional*. Buenos Aires: Edutref.
- DIDRIKSSON, Axel (2000). *La universidad del futuro. Relaciones entre la educación superior, la ciencia y la tecnología* (2.ª ed.), México: UNAM-CESU-Plaza y Valdés.
- (2006). «Universidad, sociedad del conocimiento y sociedad». En Hebe VESSURI (ed.) *Conocimiento y necesidades de las sociedades latinoamericanas*. Altos de Pipe, Caracas: Ediciones IVIC.
- ETZKOWITZ, Henry (2002). «Innovación en la innovación. La triple hélice de las relaciones entre universidad, industria y el gobierno». En Joseph VILLALTA y Eduard PALLEJA (eds.) *Universidades y desarrollo territorial en la sociedad del conocimiento*. Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya.
- GARCÍA SUCRE, Máximo (2006). «Palabras de bienvenida». En Hebe VESSURI (ed.) *Conocimiento y necesidades de las sociedades latinoamericanas*. Altos de Pipe, Caracas: Ediciones IVIC.
- HELLER, Agnes (1999). «Uma crise global da civilização». En *A crise dos paradigmas em ciências sociais e os desafios para o século XXI*. Río de Janeiro: Contraponto Editora.
- MONTES, Pedro (1996). *El desorden neoliberal*. Madrid: Trotta.
- MORIN, Edgar y Anne Brigitte KERN (s.d.). *Terra-Pátria*. Lisboa: Instituto Piaget.
- PETRELLA, Ricardo (2005). *El derecho a soñar. Propuestas para una sociedad más humana*. Barcelona: Intermón Oxfam.
- SLAUGHTER, Sheila y Gary RHOADES (2004). *Academic Capitalism and the New Economy. Markets, State and Higher Education*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

